

La información "periodística" y la literatura latina (*)

POR

MIGUEL RODRIGUEZ-PANTOJA

1. A modo de introducción quisiera hacer alguna advertencia previa: a lo largo de estas páginas aludiré más de una vez a la literatura periodística. Conviene puntualizar que he tomado el término «literatura» en un sentido muy amplio, es decir, aplicándolo a todo lo que se escribe con una mínima preocupación estética. De otro modo, por desgracia, habría que excluir bastante de la «periodística»; aunque, también es cierto, no poco de lo que habitualmente se engloba bajo la denominación genérica de literatura latina.

Puestos a precisar, tal vez fuera bueno también dejar de lado el periodismo radiofónico y televisivo, pues resultaría anacrónico pretender parangonarlos sin más con la literatura antigua. Pese a ello, no olvidemos que, al menos durante la república, el foro cundía en «actuaciones en directo»: y allí no sólo era importante hablar bien, sino hacerlo con voz *magna, firma et mollis*, como diría el desconocido autor de la *Rhetorica ad Herennium*, según el cual (y esto es doctrina común entre los precep-

* Estas páginas contienen las ideas fundamentales desarrolladas en la conferencia que tuve ocasión de pronunciar en el Colegio Mayor Argentino de Madrid, bajo el título de "Literatura latina y literatura periodística", dentro del VI Simposio de Humanidades Clásicas (21-23 de marzo de 1980).

tistas antiguos) tales cualidades se consiguen, sobre unas dotes naturales indispensables, mediante la debida instrucción y ejercicio (1).

Y esto no es todo: ese cuidado de la voz debía ir acompañado por una gesticulación corporal adecuada y por una cuidadosa puesta a punto del aspecto físico, tanto en lo que concierne al acicalamiento personal como al vestido... (2). ¡Qué bien vendría a muchos locutores un repasillo de lo mucho y bueno que sobre el tema dijo, por ejemplo, nuestro Quintiliano en el libro undécimo de su *Institución oratoria!*

Tal vez así evitarían ataques desde las propias filas de sus colegas de prensa, que son casi un tópico y de los cuales podría servir como ejemplo éste publicado por Perich en una revista de amplia difusión nacional (3):

«El español es una de las lenguas más fáciles del mundo. Incluso el pueblo español, que es bastante inculto, lo habla sin demasiadas dificultades (salvo que sea locutor de televisión).»

Por lo que respecta al contenido, y según se deduce del cotejo de los índices en diarios y revistas, o de la propia definición académica de «reportaje» (4), la finalidad fundamental es la de informar. Y precisamente las Facultades universitarias que emiten los correspondientes títulos se llaman de «Ciencias de la Información».

Las otras dos pretensiones programáticas, «divertir y formar» (que suman tres con la anterior, como los grados de la persuasión «en cuanto captación del público» (5) de la preceptiva oratoria antigua: *docere, delectare, mouere* (6)), se presentan como subsidiarias.

Tanto una como otra recorren una amplia escala en paralelo con la índole de las informaciones: cuando éstas versan sobre temas llamados «de actualidad», suelen brillar por su ausencia: la presentación de las noticias es monótona y uniforme. Todo menos «divertida».

La propia estructura «literaria» deja bastante que desear en un número demasiado frecuente de casos: basta un análisis todo lo superficial

(1) Cf. Rhet. ad Her. 3,19-25.

(2) Cf. Rhet. ad Her. 3,26-27; CIC. inu. 1,7,9; de or. 3,56,213-3,61,227; Or. 17,54-18,60; QVINT. 11,3,1-184; FORTVN. 3,15-23; MART. CAP. 540-544...

(3) *Interviú*, febrero-marzo 1980. El espaciado es mío. Lógicamente no entro aquí en consideraciones acerca de la primera parte de este aserto, a todas luces sumamente discutible.

(4) En el *Diccionario de la lengua española*, decimonovena edición, Madrid, 1970, leemos en efecto: «Reportaje: Trabajo periodístico de carácter informativo, referente a un personaje, suceso o cualquier otro tema».

(5) H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, traducción de J. Pérez Riesco, Madrid, 1966, vol. I, parágr. 257.

(6) Cf. vgr. QVINT. 12,10,59.

que se quiera de los boletines informativos medianamente extensos de radio y televisión o de cualquier ejemplar de la prensa periódica para detectar agresiones a las normas más elementales de la gramática.

Y del estilo, mejor no hablar.

Más atención a lo de divertir, más cuidado en la presentación formal, suele haber cuando se trata de comentarios, artículos de fondo o reportajes, los cuales, entre otras cosas, por no ser urgentes, permiten una elaboración más detenida.

Se aplica, pues, en buena medida, aquello que señalaba no demasiados años ha ese gran lingüista que es André Martinet cuando, hablando de «Información y obra literaria», decía (7):

«El autor puede limitarse a presentar en la forma más directa acontecimientos reales o imaginarios bastante excepcionales para que la densidad de información de lo que se narra mantenga la atención. Puede también, por medio de una elección original de las unidades lingüísticas, elevar el contenido de información de un texto y dosificarlo exactamente. Esto le permite no tener que buscar a cada momento lo inesperado en las peripecias de la narración. En este caso es importante no rebasar un cierto nivel de densidad de información, nivel que dependerá de la inteligencia y la cultura del público cuya aprobación se busca.»

Así pues, densidad de información y público; a mayor abundancia de aquélla menos necesidad de «adorno». Pero también atención a la inteligencia y cultura de éste, cuyo nivel hoy, si juzgamos por lo que se lee y se oye a diario, es más bien ínfimo.

Y es evidente que no hace falta escribir mal para ser comprendido por el público menos culto, al que sin embargo se haría un gran favor si la crónica de los debates parlamentarios o del último partido de fútbol, por ejemplo, se hiciera en un español correcto y hasta estilísticamente esmerado.

En todo caso, información; y si esa información se pone al servicio de una idea, o mejor de una ideología, propaganda.

2. Volvamos ahora la vista atrás y situémonos en el radio de acción de la literatura latina.

2.1. En primer lugar, el ámbito informativo era mucho menor: con algunas excepciones al romano le interesa poco, o menos que poco a nivel

(7) A. MARTINET, *Elementos de lingüística general*, traducción de J. Calonge Ruiz, Madrid, 1968², pág. 239, parágr. 6.18.

de calle, lo que suceda fuera de las fronteras de sus dominios. Y así lo demuestra el escaso espacio dedicado a estos temas por la historiografía antigua en general, cosa que, dicho sea de paso, ya era censurada por Polibio en pasajes como éste (8):

«Entre los historiadores de nuestro tiempo, algunos dicen que han escrito la historia universal con sólo habernos relatado en tres o cuatro páginas la guerra de los romanos con los cartagineses. Pero ¿hay alguien tan necio como para ignorar que al mismo tiempo tuvieron lugar muchas y destacadas acciones en Iberia y Libia y también en Sicilia e Italia, y que la guerra de Aníbal, la más célebre y duradera a excepción de la de Sicilia, atrajo forzosamente por su importancia la atención de todos, preocupados por el desenlace de los acontecimientos futuros?» (9).

Más. Las provincias sólo cuentan cuando de una u otra manera plantean problemas a la capital, cosa que, bien mirado, sigue sucediendo: incluso los medios informativos de mayor difusión nacional les dedican un espacio comparativamente muy pequeño salvo excepciones, es decir, si no hay elecciones o *referenda* o, en otro orden de cosas, «sucesos» como las desgraciadamente frecuentes acciones terroristas, indicios de yacimientos petrolíferos o enfrentamientos deportivos con equipos capitalinos. Se da así el caso de que el espacio internacional suele superar ampliamente al nacional no vinculado con el territorio cubierto por el medio que se analiza.

Además de este descuento de las noticias sobre extranjero y provincias, entre los romanos es bajo también el interés «científico», que hoy ocupa un lugar bastante importante en determinados medios informativos. De hecho y a excepción quizá de la agricultura en algunas épocas, la calle vive a espaldas de los posibles avances técnicos en la mayoría de las materias y el contenido de las obras enciclopédicas que en el mundo romano han sido, aparte de repetirse unas a otras incluso textualmente, desde Varrón a Isidoro de Sevilla, dando así evidentes muestras de desinterés sobre posibles progresos, es predominantemente humanístico y, por tanto, más atemporal.

Obsérvese sin embargo que si la técnica sale poco a la calle, ocurre todo lo contrario con los temas concernientes a la literatura: en sus más variados aspectos, son llevados al pueblo desde los prólogos de la

(8) POL. 5,33,34.

(9) Sobre este tema, cf. muy recientemente, A. DÍAZ TEJERA, «Concordancias terminológicas con "La Poética" en la Historia Universal: Aristóteles y Polibio», *Habis* 9, 1978, págs. 33-48.

comedia (cf. por ejemplo Terencio) (10), desde la sátira en todas sus manifestaciones y en todas las épocas e incluso desde determinadas concepciones historiográficas.

2.2. A esta reducción del campo material de interés informativo se une el hecho de que, por razones obvias, el devenir histórico es más lento, con lo cual la cantidad de información necesaria para «estar al día» resulta bastante más reducida.

De otra parte, el pueblo romano, básicamente conservador, apegado a las tradiciones, con sus antepasados como modelo permanente de conducta, buscaría con especial interés una información retrospectiva, que en cierto modo viene a completar la anterior, en cuanto a esa puesta al día a que antes me refería.

2.3. Con estas premisas, pasemos a buscar las fuentes que la proporcionaban:

2.3.1. No literarias:

Dejando aparte los rumores, por cierto ampliamente utilizados en la historiografía latina, y todavía hoy apreciados como «antesala de la noticia», el pueblo contaba con algunos documentos informativos, sobre todo los *Acta diurna populi Romani* (11) donde se podían encontrar, no sólo noticias «oficiales» sobre temas diversos (procesos importantes (12), acciones de hombres ilustres (13), discursos (14), a veces extractos de las actas del senado (15)), sino también *ineptiae*, cosas que Tácito juzgaba indignas de figurar en la historia (16) (así la ampliación del recinto amurallado de la ciudad (17) o la construcción de edificios para espectáculos (18), la «crónica de sociedad» —nacimientos (19), muertes (20), bodas o divorcios de gente importante (21)—, de «sucesos»

(10) Una bibliografía actualizada sobre los prólogos en general y en particular los de Terencio, en J. L. LAURENTI - A. PORQUERAS MAYO, «Más aportaciones sobre el prólogo en la literatura grecolatina», *Estudios Clásicos*, XX, 77, 1976, páginas 155-176 (Terencio en 169-172), que remite a otros trabajos de los mismos autores.

(11) También llamados *diurna populi Romani*, *diurna Urbis*, *acta populi diurna*, *acta publica*, *acta Urbis* o simplemente *acta*, que es lo más frecuente.

(12) ASCON. pág. 19.

(13) CIC. fam. 12,8,1; TAC. ann. 3,3; PLIN. epist. 7,33,3.

(14) ASCON. págs. 44 y 49.

(15) ASCON. pág. 44.

(16) TAC. ann. 13,31.

(17) TAC. ann. 12,24.

(18) TAC. ann. 13,31.

(19) SVET. Tib. 5; Gai. 8,2; CASS. DIO. 48,44,5.

(20) PLIN. nat. 7,60.

(21) IVV. 2,133; SVET. Gai. 36,2. La doctora Moya, que ha tenido la amabilidad de leer el manuscrito, me llama la atención sobre el pasaje de Aulo Gelio (4,3) donde se trata el tema del divorcio y sus inicios en Roma.

—suicidio de un cochero en circunstancias excepcionales (22), una lluvia de ladrillos sobre la ciudad (23), o la conmovedora fidelidad de un perro hacia su amo (24)—, e incluso noticias fabulosas como la presencia de un ave fénix en Roma, que el propio transmisor de la noticia, Plinio el naturalista, califica de indudablemente falsa (25)). En la *Cena Trimalchionis* de Petronio podemos todavía leer una curiosa parodia de estos diarios (26).

Los *Acta diurna* empezaron a publicarse de forma sistemática, según testimonio explícito de Suetonio (27), en el año 59 a. C., durante el primer consulado de César. Hubo de ser precisamente César quien organizara, nada más tomar contacto con el poder, este órgano de difusión que, bien manejado, podía resultar de gran eficacia. Se enviaban a provincias e incluso a las tropas destacadas en los diversos puntos del imperio (28), y al parecer no dejaron de publicarse al menos hasta la desmembración de éste (29).

Antes de esta «oficialización» existían ya boletines informativos más o menos privados, que también llegaban a las provincias y de los que habla varias veces, por ejemplo, Cicerón (30).

Estaban asimismo, entre otros, los *Acta senatus* que recogían el contenido de las sesiones senatoriales y cuya publicación fue prohibida por Augusto (31). Miren ustedes por dónde fue asimismo Julio César quien sistematizó su redacción y publicación al mismo tiempo que los *Acta diurna* (32).

En el otro extremo, se contaba también con ese cartel permanentemente abierto a todo y a todos que son las paredes y muros de las ciudades. Las mejor conocidas por nosotros, las de Pompeya, comparten citas literarias de Ennio, Lucrecio, Catulo y Horacio, de Propercio, Ovidio y Virgilio (33) —lo cual no deja de ser indicio de una cierta cultura aun cuando esté garrapateado en una pared—, con toda clase de anuncios y saludos, chistes, procacidades y caricaturas, y también, ¡cómo no!, abundantes billetes de propaganda electoral, eso sí, debidamente firmados por el autor o autores de la «pintada».

(22) PLIN. nat. 7,186.

(23) PLIN. nat. 2,147.

(24) PLIN. nat. 8,145. Cfr. otra versión de este mismo hecho en CASS. DIO. 58,1,3.

(25) PLIN. nat. 10,5.

(26) PETRON. sat. 53.

(27) SVET. Iul. 20,1.

(28) TAC. ann. 16,22.

(29) La última alusión está en Vopisco (Prob. 2).

(30) Vgr. fam. 2,8,1; 8,1,1; 12,22,1; 15,6,1.

(31) SVET. Aug. 36.

(32) SVET. Iul. 20,1.

(33) Cf. por ejemplo R. ETIENNE, *La vida cotidiana en Pompeya*, traducción de J. A. Míguez, Madrid, 1970, págs. 345-346.

2.3.2. Pero aquí nos interesan sobre todo las fuentes literarias. Y éstas son muy diversas.

2.3.2.1. De un lado los múltiples discursos que lanzaban a los cuatro vientos oradores de todo tipo y tendencia, los cuales indudablemente eran conscientes de dirigirse a un amplio auditorio. A nadie cabe duda que aquellos debates a cielo abierto aportaban numerosas noticias de la más variada naturaleza, incluida la crónica escandalosa que tanto interés suscita en todas las épocas. Gracias a Cicerón y su actividad oratoria se conocen no sólo los turbios manejos de Verres en provincias o de Catilina en Roma, sino también por ejemplo la índole de Clodia, con toda probabilidad la Lesbia de Catulo, retratada en el *Pro Caelio* con colores, por cierto, nada favorables (34).

A propósito de esto último señalemos de pasada que cuando el foro queda huérfano, o casi, de tal oratoria es cuando adquieren mayor difusión los géneros más próximos a este tipo de cuestiones: la sátira y especialmente el epigrama satírico, su contrapunto «popular» cuando aquélla deriva hacia un contenido más abstracto, más «teórico», o la historiografía biográfica al modo suetoniano.

2.3.2.2. Fuente importante de información eran también las cartas, no siempre estrictamente privadas: es conocida la reacción de Cicerón al enterarse de que Antonio había hecho públicas algunas que él le dirigiera (35); lo cual no fue óbice, dicho sea de paso, para que después de su muerte Atico, su mejor amigo, diese a conocer la correspondencia entre ambos. Con todo, muchas se solían difundir entre círculos relativamente amplios de personas por deseo expreso o tácito del remitente (36); algunas son lo que podríamos llamar, con terminología actual, «cartas abiertas».

En las cartas encontramos crónicas de acontecimientos conocidos en la calle y otros menos públicos, aparte de los de tenor estrictamente particular.

Pueden servir de muestra dos de las dirigidas por Cicerón a Atico, tomadas prácticamente al azar del libro primero (37):

En la primera, aparte de algunas cuestiones personales, relata una

(34) Especialmente 13, 15, 16, 20, 22, 23, 26, 29, 32, 36, 58, 78. La menciona en varias ocasiones más, directa o indirectamente (cf., por ejemplo, ad Quint. 2,3,2; Att. 2,1,5; Sest. 16,39; Dom. 92).

(35) Phil. 2,4,7.

(36) El mismo Cicerón dice *aliter scribimus quod eos solos quibus mittimus, aliter quod multos lecturos putamus* (fam. 15,21,4). No debía, sin embargo, de tenerlas todas consigo cuando afirma *Haec negotia quo modo se habeant, ne epistula quidem narrare audeo* (fam. 2,5,1).

(37) Son la 14 (febrero del 61) y la 19 (marzo del 60).

polémica discusión entre varios políticos y una borrascosa sesión del senado. Traduzco, como muestra, un pequeño fragmento de aquélla (38):

«Fufio hace comparecer a Pompeyo ante la asamblea. Le preguntó si aprobaba que los jueces que debían constituir el jurado del pretor fuesen elegidos por el propio pretor. Esta es la norma que había establecido el senado a propósito del sacrilegio de Clodio. Pompeyo habló con tono sumamente altivo contestando, en una larga intervención, que la autoridad del senado le parecía y le había parecido siempre del más alto valor en todo tipo de asuntos.

Más tarde el cónsul Mesala recabó de Pompeyo en el senado su opinión acerca del sacrilegio y de la proposición que había sido promulgada. También en el senado contestó [Pompeyo] elogiando en términos generales todas las decisiones que tomaba esta corporación»...

Y así.

Esto, *mutatis mutandis*, podría ser leído tal cual por el locutor especializado en ametrallar con la crónica de las sesiones parlamentarias en los informativos de televisión.

En la segunda carta Cicerón recoge dos noticias: una exterior y otra interior; ésta se refiere a una polémica ley agraria que, como suele suceder, no agrada a nadie. Aquélla a la grave situación que provoca *en Roma* una guerra con los galos y las medidas que se toman *en Roma* al respecto (recuérdese lo dicho anteriormente sobre las informaciones exteriores).

2.3.2.3. Pero indudablemente la principal fuente de información es la historiografía. A propósito de ella vamos a hacer algunas reflexiones sobre aspectos no por sabidos menos importantes, desde el punto de vista de la información, que es el que ahora aquí nos ocupa.

En primer lugar, sus inicios en suelo latino:

Autores: hombres de estado, en marcado contraste con el resto de la literatura, contraste que se mantendrá durante siglos.

Lengua: el griego, cuando ya el latín ha sido vehículo de importantes textos literarios.

Veracidad: al menos discutible.

Estos tres aspectos por separado y en conjunto admiten diversas explicaciones. Pero da razón de los tres a un tiempo la que parte de que el móvil principal es el informativo, o, más estrictamente, propa-

(38) Att. 1,14,1-2.

gandístico; en efecto, al ver que el mundo de la cultura, aún identificado plenamente con el helénico, tenía noticia de las guerras púnicas, y en general del pasado y presente de Roma, a través de historiadores del bando enemigo, se intenta contraponerles la propia versión. Es lo que hacen, en la primera mitad del siglo III a. C., Fabio Píctor o Cincio Alimento.

Su objetivo no es otro que el de dar una buena imagen de la Roma que comienza ya a sentirse potencia, insistir en sus orígenes míticos y, por tanto, nobles, y de otro lado, yendo a lo práctico, en su buena fe, en lo forzado de su belicismo, de su intervención en suelo ajeno, tema éste sobre cuya virulenta y triste actualidad no hace falta insistir.

Lo que sucedió es que, si bien tal actitud se justifica en estos primeros historiadores, pronto se hizo tradición, como era de esperar. E incluso lo más externo, el empleo del griego, se mantuvo cuando ya no era necesario «convencer a los griegos», llegando hasta el ridículo de un Aulo Postumio Albino que, más de un siglo después, se ve en la necesidad de excusarse por las eventuales imperfecciones en el manejo de una lengua que no es la suya.

Mas, con tanto querer convencer a los griegos, se dejaba desinformados a los latinos que no fuesen capaces de leer aquella lengua. Aunque esto sea en parte una exageración (entre otras cosas, pronto fueron traducidos al latín analistas primitivos), lo cierto es que hubo que esperar a una personalidad tan rabiosamente antihelénica, al menos en la apariencia exterior, como Catón para que surgiera una historiografía pensada en función de los propios latinos; y a fe que el autor lo hizo a conciencia: puso al alcance de sus conciudadanos una amplia serie de noticias no sólo sobre los orígenes de Roma, sino también sobre los de otras ciudades itálicas, cosa que, por cierto, no se volvería a repetir. Y además prescindió de la clase dirigente: no menciona a un solo general ¡y sin embargo no vacila en dar el nombre de un elefante que destacó por su valentía! Está claro que él también ofrece su versión de los hechos con vistas a un público determinado.

Los analistas en general, incluso cuando ya utilizan el latín, tienen en común, como notaba Cicerón, un considerable descuido en la forma, son *narratores, non exornatores rerum* (39); es decir, confían en que sus obras interesen por la densidad de información sin preocuparse de más.

Esta situación cambió, sin embargo, sobre todo a partir de los Gracos, como señala muy atinadamente T. Frank (40). La mayor interven-

(39) CIC. de or. 2,54.

(40) T. FRANK, *Vida y literatura en la república romana*, traducción de A. L. Bixio, Buenos Aires, 1961, págs. 209-233.

ción de la gente de a pie en política hace que se interesen más por estos temas históricos. Pero este público no parece dispuesto a leer los secos relatos de los analistas anteriores. Surgen entonces quienes, como Gneo Gelio, dan un giro al enfoque de la historiografía: introducen en sus obras lo pintoresco, lo anecdótico, lo novelesco y maravilloso, y la materia que Calpurnio Pisón Frugi narra en siete rollos ocupa en Gelio nada menos que noventa y siete.

En esa línea se mantiene, por ejemplo, Celio Antípater, al que Cicerón excluye de la censura a que antes aludía (41).

Es evidente, sin embargo, que con los analistas no termina ni mucho menos el empleo de las noticias con fines propagandísticos: a lo largo de las conflictivas vicisitudes del siglo I a. C. (incluyendo los últimos años del precedente) surgen primero autobiografías como la de Cayo Graco o L. Cornelio Sila que, aunque no conocemos, podemos imaginar. Y surgen también los *Commentarii* de Julio César, ese clásico de la propaganda, como le llamaba hace unos años S. Mariner (42), siguiendo la línea que marcará la obra capital sobre el tema de M. Rambaud (43).

Pero la diferencia es sustancial: aquellos primeros analistas manifestaban sus intenciones más o menos a las claras. La principal virtud de César es precisamente ocultarlas, «dar el pego» a los lectores, afectando una objetividad exquisita, que únicamente tras concienzudo estudio de sus obras puede desmontarse y desmentirse. Aquellos primeros analistas descuidaban la forma; César la trabaja, la mima, le da una sencillez tan literaria, o una literatura tan sencilla dentro de su magistral efectividad, que todavía hoy nuestros incipientes latinistas se desayunan con ella.

Y ¿cuándo surge el subgénero llamado específicamente *Historiae*, que se consagra por definición a la época contemporánea, a los hechos que por su proximidad en el tiempo repercuten aún en el momento en que se vive? (44). Precisamente también durante esa época de inseguridad, de contiendas políticas, de tensiones internas... ¿Hará falta recordar el enorme éxito de público que hoy tienen los ensayos y reportajes sobre

(41) CIC. de or. 2,54: *paulum se erexit et addidit maiorem historiae sonum uocis, uir optimus, Crassi familiaris, Antipater.*

(42) S. MARINER, «Hispania como tema político en la obra de Julio César», *Cuadernos de la «Fundación Pastor»*, 15, 1969, pág. 83.

(43) M. RAMBAUD, *L'art de la déformation historique dans les Commentaires de César*, París, 1966².

(44) Cf. GELL. 5,18,1: «*Historiam*» ab «*Annalibus*» quidam differre eo putant, quod, cum utrumque sit rerum gestarum narratio, earum tamen proprie rerum sit «*historia*», quibus rebus gerendis interfuerit is qui narret [...] 2 [...] quod 'historia' Graece significet rerum cognitionem praesentium.

la guerra civil española, la última contienda mundial o los sucesos del continente asiático, firmados en buena parte, y desde luego la de más aceptación, por periodistas de talla, e incluso galardonados con premios específicamente periodísticos?... El mismo Tácito escribió primero las *Historiae* y luego los *Annales*.

Más tarde vendrán las vicisitudes provocadas por la censura imperial; y así se puede leer a Veleyo Patérculo o a Valerio Máximo que escriben a favor del régimen imperante, pero no a Cremucio Cordo que es adverso. Y Tácito debió permanecer un buen tiempo en silencio.

Luego, el hastío del público, su preferencia por biografías anecdóticas, salpicadas de chismes, a la manera de Suetonio...

Pero no es mi intención, ni mucho menos, resumir aquí la historiografía romana, sino esbozar en líneas generales su actitud con respecto a la información.

Vamos a ello.

Como señalé al principio, la clave está en el público.

Cabe poner ante él hechos verídicos, pero presentados de tal forma que resulten favorables a las tesis propugnadas por el autor. El caso extremo es el de quien se beneficia directamente de esa información; aquí tenemos a Julio César. O hacer lo mismo pero sin buscar el provecho propio: ésa puede ser la actitud de un Salustio o un Tácito, que son negativos con respecto al régimen político con el que han convivido. Y para probar que la «deformación», si puede llamársele así, no es fácilmente perceptible, basta ojear la bibliografía que discute estos puntos en pro y en contra, bajo diversos y enfrentados puntos de vista, que continúa creciendo sin llegar a un acuerdo.

De otro lado no se debe descartar la posibilidad de que tal «deformación» pretenda sobre todo beneficiar a los lectores.

Cabe también, y no deja de ser actitud honesta, permitir que aparezca, más o menos a las claras, la intencionalidad que guía al autor; es el caso de los primeros analistas o de Veleyo Patérculo, a quien no se le discute su devoción, que parece sincera, hacia Tiberio, aunque sigue siendo propaganda (45).

Se puede, en fin, simplemente, ofrecer al público lo que más le gustaría conocer. Es lo que hace Suetonio, «biógrafo de hombres investidos de una misión excepcional, que trabaja sobre una montaña de fichas, de recuerdos, de chismes, de testimonios de valor muy desigual...»

(45) Precisamente un libro capital sobre este autor, debido a I. Lana, se titula *Velleio Patercolo o della propaganda* (Torino, 1958).

como lo define J. M. André (46). Más de un periodista de éxito estaría aquí retratado.

Incluso la *Germania* de Tácito constituye un reportaje digno hoy de leerse como tal, aunque supera con creces el contenido meramente informativo, primordial en este tipo de publicaciones, según veíamos.

En cuanto a la forma, hemos señalado cómo al principio se dejó de lado la preocupación estilística y cómo luego ésta fue ganando terreno. Y también cómo la densidad informativa puede suplir muchas veces a este cuidado en la presentación de los hechos. La obra monumental de Tito Livio fue pronto resumida y la forma se resintió.

Sirva de muestra este pequeño fragmento de Velejo Patérculo, tomado prácticamente al azar, donde, como es frecuente en nuestra prensa, sólo encontramos subordinadas de relativo (47):

«Hic est Metellus Macedonicus, *qui porticus, quae fuerunt circumdatae duabus aedibus sine inscriptione positae, quae nunc Octaviae porticibus ambiuntur, fecerat, quique hanc turmam statuarum equestrium, quae frontem aedium spectant, hodieque maximum ornamentum eius loci, ex Macedonia detulit. Cuius turmae hanc causam referunt...*», etc.

Pero también se esquematiza el contenido. Como ejemplo podría servir la biografía de Germánico que delinea Suetonio al comienzo de la de Calígula (48) y que puede insertarse tal cual en un diccionario enciclopédico de los que no faltan prácticamente en ninguna biblioteca. (Y este tipo de diccionarios, dicho sea entre paréntesis, tiene mucho de periodístico, como lo prueba un simple cotejo de las firmas que en ellos colaboran o el hecho, más frívolo pero muy significativo, de que mientras personalidades destacadas de la ciencia y la cultura esperan turno para ser incluidas, haya un buen espacio dedicado a políticos contemporáneos incluso de segunda fila (permítaseme no citar nombres), o a gente del espectáculo y los deportes, no siempre muy representativos—sin que, por supuesto, esto quiera decir menosprecio alguno para tan dignas personas— simplemente porque interesan más al gran público, o en términos más prosaicos, pero más reales, porque «venden» más.

Pero vayamos al texto:

«Germánico, padre de Gayo César, hijo de Druso y de Antonia la menor, fue adoptado por su tío paterno Tiberio;

(46) J. M. ANDRÉ - A. HUS, *L'histoire à Rome*, Paris 1974, pág. 151.

(47) VELL. 1,11,3.

(48) SVET. Gai. 1,1-2.

desempeñó la cuestura cinco años antes de lo que permitía la ley e inmediatamente después el consulado.

Enviado al ejército a Germania, cuando se supo la muerte de Augusto, refrenó, ora prevaleciera su propiedad filial ora su firmeza, a todas las legiones, que se obstinaban en no reconocer a Tiberio como emperador y le ofrecían el poder supremo. Luego, tras vencer al enemigo, obtuvo los honores del triunfo.

Nombrado enseguida cónsul por segunda vez, y antes de tomar posesión de su cargo, fue obligado a alejarse de Roma para restablecer el orden en Oriente. Después que hubo derrotado por completo al rey de Armenia y convertido Capadocia en una provincia romana, murió en Antioquía a los treinta y cuatro años de edad, tras una larga enfermedad y no sin sospecha de que había sido envenenado.»

3. En resumen y a modo de conclusión: sería interesante plantear un estudio de los informadores romanos teniendo más en cuenta de un lado la relación autor-público y de otro la existente entre su cultura, la densidad de la información y la calidad literaria. Aunque algunos lo han hecho de forma parcial o de pasada, hay en esa dirección, a mi entender, abierto un amplio campo.